

á la casa de don Cristóbal Hidalgo á poner en sus manos á su hijo, libre ya del estigma heredado de nuestros padres en la regeneracion purísima de las linfas del bautismo.

## VIII.

Aquel libro forrado en pergamino, guardaba el nombre destinado en el porvenir á la inmortalidad; registrado en sus toscas páginas, pasaria mas tarde á los mármoles, y la tinta seria el oro que hoy luce en las inscripciones y monumentos.

Medio siglo despues, don Miguel Hidalgo y Costilla visitaba en medio del tumulto de su ejército, el humilde curato de Pénjamo: el libro habia desaparecido; pero queda otro que no desgasta ni el poderoso aliento de los siglos----- el libro de la historia!

La casa en que nació Hidalgo ya no existe; está marcada por un monton de ruinas, última cifra de aquella interesante leyenda.

El patriotismo ha levantado en aquel sitio un monumento.

En la base de la columna toscana, que se eleva como una aguja en medio de las llanuras de Pénjamo, el viajero, con la frente descubierta y lleno de un recogimiento religioso, lee esta sencilla inscripcion:

MIGUEL HIDALGO

NACIÓ AQUÍ,

EL 8 DE MAYO

DE 1753.

## CAPÍTULO I.

EL SEÑOR RECTOR DEL COLEGIO DE SAN NICOLAS.

## I.

La noche del 13 de Enero del año de gracia de 1796, y al sonar el toque de oraciones, el señor rector del colegio de San Nicolas salia del ex-convento de jesuitas, donde habia estado la tarde entera al confesionario; atravesó la calle, que es una de las que rodean el edificio, y se entró en la portería del colegio.

Subió la escalera, atravesó los corredores, y se entró en el aposento rectoral.

La sala rectoral del colegio de San Nicolas, es espaciosa, llena de estantes cubiertos con alambrado, y donde se guarda toda la erudicion de los sabios teólogos y canonistas de la edad media.

Aquellos libros forrados en pergamino, es todo lo que se permitia enseñar en las aulas del siglo décimo octavo.

Las obras ultramontanas, la *Historia de la Iglesia*, las *Actas de los Concilios*, los *Dichos de los Santos Padres*, los *Cuerpos del derecho canónico y civil*, las obras de nuestro *Santo Padre San Agus-*



tin, y el catálogo entero de las preeminencias eclesiásticas y los fueros, todo en la plenitud del *derecho divino*, componian la biblioteca de aquel seminario.

Algunos rótulos escritos en latin y griego servian de adorno á los libreros, y varios retratos de los fundadores y benefactores del colegio estaban á la pared de la rectoral como velando su obra.

Una gran mesa se apoyaba en la pared cabecera del salon, y sobre ella se veia un gran tintero de cobre con manchas de cardenillo y lleno de plumas de ave; la salvadera, la obleitera y la campanilla, todo del mismo metal y en igual estado de uso ó de abandono.

La mesa tenia una carpeta de cuero teñido de negro, el sillón forrado de lo mismo, y ambos muebles adornados con tachuelas de metal amarillo.

Una lamparilla agonizante mentia un reflejo sobre aquella silenciosa estancia, y temblaba sobre los retratos severos, que parecian moverse á la agitacion de aquella luz, siempre trémula y próxima á extinguirse.

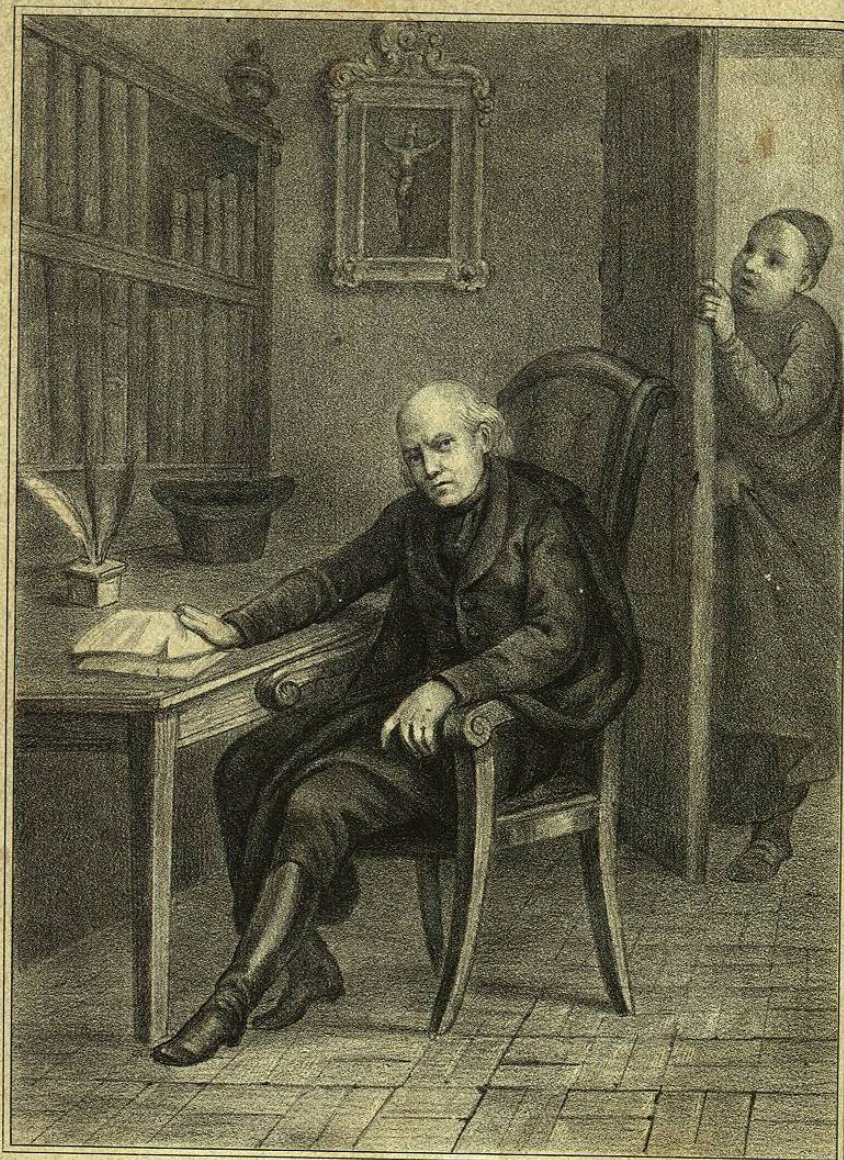
El rector puso la llave en la cerradura, y á un ligero impulso la puerta giró pesada sobre sus goznes, y un aliento frio que se exhalaba de aquella estancia dió sobre aquel hombre embozado, que penetró hasta la mesa, tomó una vela, aplicó el pábilo á la llama mortecina de la lámpara, y despues de encendida la colocó en el candelero de cobre.

Aquella luz no era bastante para dar de lleno sobre los ángulos todos del salon, y las sombras se posaban por do quiera disputándose la extension de aquella pieza.

El eclesiástico se dirigió en seguida á la puerta, dió una mirada á los corredores, y se encerró en el salon poniendo la llave por dentro.

Cuando se encontró solo, arrojó su capa y sombrero sobre una silla, y pudo contemplarse toda la magestad de aquella figura interesante.





El rector del colegio de S. Nicolás.

Litografía de Iriarte.

Una cabeza perfectamente modelada, la frente alta y con esas protuberancias en que los frenólogos han colocado el desarrollo filosófico; los ojos claros, la nariz recta, los labios delgados, la faz morena y un tanto descolorida, la mirada profundamente reflexiva, y todo aquel rostro bañado de una calma concentrada, velo trasparente de una alma gigante que se hacia sentir á una sola actitud, á una expresion modulada de aquel acento sonoro y vibrante, como si partiese de un foco templado y armónico.

La parte superior de aquella frente parecia ensancharse hácia lo alto de la cabeza, que el cabello comenzaba á abandonar.

La talla de aquel hombre era robusta, el cuello algo inclinado hácia la izquierda, mas bien por costumbre que por conformacion.

El rector de San Nicolas llevaba calzon corto negro, medias del mismo color, zapatos de cuero con hebillas, levita larga, y un cuellito que servia especialmente como arreo del traje talar.

Luego que aquel personaje se aseguró de que estaba solo, se acercó al tercer estante de la izquierda, abrió las puertas del alambrado, sacó unos libros, que no eran otros que *Las actas de los Apóstoles*, y de entre las hojas unos papeles que llevó recatadamente á la mesa.

Sentóse en el sillón y comenzó á devorar aquellas páginas, con la ansiedad con que un peregrino se lanzara sobre un arroyo en medio de los calores del desierto.

El rector del colegio de San Nicolas era un sabio.

Desde sus primeros años lo dedicaron á la carrera literaria: sabia el Nebrija, traducia perfectamente el latín, conocia las raices del griego, y los autores de filosofia le eran familiares.

Aprendió las *Capitulares de Carlo Magno*, leyó á Tácito y á Salustio, y referia de memoria trozos enteros de la Oracion contra Catilina.

Cuando concluyó los estudios preparatorios, se sintió con vocacion á la carrera eclesiástica; aprendió el derecho canónico,



estudió la *Concordia de los cánones discordantes de Graciano*, las *Decretales de Teodoro*, las *Extravagantes de Juan XII*: las *Extravagantes comunes*, que contienen las constituciones de veinticinco pontífices en la peregrinación apostólica de dos siglos y que comienza en Urbano IV y acaba en Sixto VI.

Aplicóse después á descubrir los pasajes falsos del Cuerpo de Derecho, hasta fijar cuáles eran las determinaciones del concilio de Calcedonia, que aparecían sacadas de las actas del de Cartago, así como una sentencia de San Ambrosio atribuida á San Juan Crisóstomo, y entresacó los falsos cánones de Isidoro Mercator.

Lanzóse después al abismo insondable de la teología dogmática y eclesiástica; su claro talento emprendió una marcha trabajosa entre las tinieblas, penetrando más y más en el caos, hasta perderse en el abismo de lo incomprensible.

A fuerza de pensar, de discutir, de apurar el raciocinio, comenzó á dudar de todas aquellas verdades sobre las cuales no había puesto aun la mano de la argumentación; caía sin saberlo, en el racionalismo; desconfió de cuanto había aprendido, y acabó por cerrar sus libros, porque veía peligrar sus creencias y vacilar su fé, aquella lámpara siempre encendida en el altar de su conciencia y de su sentir religioso.

Abrió el gran libro de la historia y sus ilusiones desaparecieron, se anublaron para siempre.

Confirmóse más y más en sus sentimientos cristianos, vió con desden á los impostores, anatematizó las Decretales, declaró apócrifo el *Cuerpo de Derecho Canónico*, condenó la proclamación del Derecho Divino, negó el poder de la Inquisición en las *excomuniones*, se escandalizó ante la historia de corrupción de los Papas de los siglos medios, y se tornó en *puritano* de la religión cristiana, viendo en el cuadro sublime de la redención, la emancipación de la inteligencia, la santidad de la palabra, el eslabón de la vida mortal á la eterna, la relación íntima entre Dios y el sér mezquino de los hombres!

El eclesiástico tenía entonces cuarenta y cinco años, estaba

en la fuerza toda de la edad, en que la inteligencia parece haber llegado á su zenit, para fijarse en él, cuando el espíritu es privilegiado, ó para comenzar la decadencia vulgar, en el eclipse terrible de las facultades.

Se vió en medio de su progresión científica, separado de dos razas, de dos civilizaciones: de la comunión de los conquistados y de los hombres de Europa.

Entonces se mezcló entre el pueblo como *cura de aldea*, aprendió las lenguas de los indios, habló en su idioma á la raza proscrita, se puso al tanto de sus dolores en el secreto del confesionario, se identificó con ella, la compadeció profundamente, y su espíritu comenzó á crecer, á delinear la idea gigante que debía aparecer más tarde como el iris en el ancho cielo del porvenir.

Procuróse diccionarios de la lengua francesa, para ponerse en comunicación con el mundo antiguo; luchó con las dificultades, y como un trabajador, emprendió sus estudios en medio del silencio de la noche, porque la ciencia era un crimen en la colonia, era el principio de la subversión.

Aprendió el francés con perfección; tradujo á Voltaire y Rousseau; devoró su *Contrato Social* y el discurso sobre *la desigualdad de los hombres*, y su inteligencia privilegiada se ensanchó en el flujo del saber en su tendencia al perfeccionamiento humano.

Avido de acumular conocimientos, platicó con la *tierra*, descubrió los misterios del reino vegetal, y se hizo un gran botánico.

Trazó líneas sobre el plano, determinó las zonas, señaló los ríos y las montañas, haciéndose dueño de la geografía de su país.

El saber es como el iman, tiene una atracción poderosa; después de las ciencias vinieron las artes, y formó planos sobre fábricas y cultivos; trazó en su imaginación una colonia modelo, de la cual sería el alma, y aplazó su realización para el porvenir.

Por aquellos años había estallado formidable la *revolución*



francesa, haciendo estremecer al mundo político sobre sus ejes, y lanzado en su gigante erupcion el torrente de lava que debia cubrir á la sociedad antigua bajo la triple capa de la *libertad*, la *igualdad* y la *fraternidad*, símbolo triunfante que se pasearia por todas las zonas, saludado por todos los pueblos y aclamado por las generaciones, árbitras del porvenir.

Los *Capetos* habian subido al cadalso, pesando en la terrible hora del juicio el voto del *clero* frances.

La guillotina habia decapitado á la nobleza: el pueblo se vengaba de tantos siglos de opresion, y ejecutaba á Luis XIV y sus antecesores en el infortunado Luis XVI.

La república, amagada por la Europa entera en la nefanda liga de las tiranías armadas, y contando en su seno con el gérmen de la reaccion que comenzaba á aparecer, se sacudió del sopor revolucionario, rugió como una fiera herida y llamó á un duelo terrible al continente.

Asombro y maravilla, dice un historiador, causó aquel desarrollo de actividad y de energía! Mientras Lyon era ametrallada y sujeta Marsella, y rendida Tolon, y Caen ocupada, los vendedanos perdian en la jornada de Savenay sus mejores gefes, y con ellos sus mas halagüeñas esperanzas. Mientras los *giron-dinos* y los *realistas* apagaban con su propia sangre la guerra civil que habian encendido, los austriacos, derrotados en Hondstchoote, Watignies y Geisberg, se veian obligados á trasponer el *Sambra*, y los ingleses se retiraban de Tolon ignominiosamente, y los españoles luchaban en vano por forzar la barrera de Perpiñan para propagar la contra-revolucion.

Esto en la primera campaña.

En la segunda, la república ya no se defendía, sino que se vengaba conquistando.

Pichegru derrota á Clairfait y se apodera de la Holanda; Jourdan se abre en la batalla de Fleurus las puertas de Coblenza; en la frontera de los Alpes clavan atrevidos el estandarte republicano los jóvenes conscriptos, y los Pirineos ven tambien arro-

jar á los españoles del Rosellon y perseguirlos dentro de su mismo territorio.

Un año habia mediado solamente de la agonía á la salvacion. En 1793 la Francia se veia hollada por todas las naciones: en 1794 es ella quien pisa con sus pies de fuego la Bélgica, la Holanda, el Palatinado, el Interfluvio del Rhin y el Meusse, los Alpes y los Pirineos!----

Aquel cuadro sombrío de esa revolucion que ha hecho inmortal la agonía del siglo XVIII, conmovió profundamente el espíritu gigante del rector de San Nicolas, llevándolo hasta la exaltación de la locura.

Cuando aquel hombre se encontraba frente á frente de su alma arrebatada, erguía su cabeza como un inspirado, su mirada se encendía en un fuego sublime, y en sus labios aparecian las frases del entusiasmo y de la elocuencia.

El eclesiástico poseia los discursos todos de los convencionales, los leia al rayo de una influencia desconocida, soñaba ver el tumulto de aquel pueblo en las solemnes horas de la revolucion, veia á Danton, en la tribuna, lanzando como el Júpiter de aquella tempestad, rayos que confundian las cabezas de sus enemigos.

Vibraba en su corazon el acento profético de Robespierre.

Le parecia asistir á la última noche de los Girondinos, escuchar su juramento y verlos subir al cadalso con toda la magestad republicana.

Oia el rugido del pueblo en el incesante choque de su desbandamiento, se sentia grande y satisfecho siniestramente ante aquel espectáculo formidable.

Oia el ruido del edificio antiguo que se desplomaba, y el grito de la sociedad agonizante que perecia entre las ruinas, y sobre aquellas piedras ensangrentadas exhalar se como un canto del abismo; como el espíritu de la revolucion que hablaba, las inmortales estrofas de la *Marsellesa!*

Identificado con aquella crisis terrible en la absorcion de las



ideas democráticas de los revolucionarios, su mirada se detuvo sobre el cadalso de Luis XVI, y pensó sin querer en Carlos IV

Lo que hasta entonces había parecido bajo la forma crispante y espantosa de un *regicidio*, tomaba las proporciones de la justicia en los momentos de la venganza nacional.

Aquel pueblo tornado en un día en juez y verdugo de sus opresores, le pareció grande, y la venda cayó rota á sus piés y su espíritu recibió el temple de la heroicidad como una concecion del Ser Divino, en la hora suprema de la dignidad humana!

El eclesiástico siguió con avidez la historia de la guerra declarada por la Convencion á España, y vió como un triunfo espléndido de la república esa paz ignominiosa demandada por Carlos IV á la Francia revolucionaria.

## II.

La noche del 13 de Enero en que comenzamos nuestra historia, el rector de San Nicolas recorria una á una esas páginas de la revolucion en los escritos del conde de Aranda que aparecieron despues en las Memorias del Príncipe de la Paz, sobre lo injusto de la agresion de España y que pagó mas tarde con el suplicio de su dignidad.

En sus manuscritos está consignado el porvenir de los pueblos esclavizados y trazada la marcha forzosa á la emancipacion. "El mas sagrado de los derechos de un pueblo es su independencia."

"El grito de libertad es un reclamo mucho mas eficaz sobre el oido de los pueblos, que el clamor desfallecido de las viejas ideas de sumision y vasallaje por derecho *natural* y derecho *divino*."

Aquellas máximas, aceptadas por los conquistadores como una doctrina, era mas de lo que necesitaba un espíritu ya dis-

puesto á esas conmociones que forman época en los anales de la humanidad.

Aquel hombre bañado en la luz de una regeneracion súbita é inesperada, sintió arder bajo su planta las cenizas candentes de una raza oprimida, giró su vista en torno de cuanto le rodeaba, y le halló deforme y monstruoso, se asomó al borde de ese abismo cavado por tres siglos de sangre y de miseria, y su cerebro desprendió una chispa eléctrica que abrasaría mas tarde con el fuego perenne de la *idea* todo un continente.

Estremecióse como á la llegada de un espíritu, plegó el ceño para concentrarse en sí mismo; se asustó de la creacion de su pensamiento, quiso esconderla donde no la hiriese ni un rayo de luz, le parecia que su cráneo iba á hacerse trasparente, aceptó ante el tribunal de su conciencia la mision que le venia de lo alto en la revelacion espontánea de su corazon y de su mente, y esperó con solemne majestad la hora del destino!

Tomó aquellos papeles que había acariciado durante tres años y los aplicó á la flama de la vela; ya no los necesitaba, de aquella noche en adelante, las oleadas del mar borrascoso de su alma, producirian fosforescencias mas luminosas.

Dios había descendido al sér privilegiado de aquel hombre, el aliento de Dios tornaba á vivificar al barro de la tierra, y el rayo de la Divinidad caía á plomo sobre el mezquino sér humano.

Levantóse una llama que devoró instantáneamente aquellas páginas, extinguióse á pocos momentos, las cenizas volaron en átomos por la atmósfera y la oscuridad se hizo mas densa.

El rector de San Nicolas apoyó entre sus manos su frente veneranda, y á la luz ténue y melancólica que luchaba con las sombras de la estancia, se entregó al mundo agitado de sus pensamientos.

Aquel venerable sacerdote llevaba un nombre que fué en América la primera palabra del siglo XIX, y que repetirán siglos y siglos las generaciones del porvenir: se llamaba MIGUEL HIDALGO Y CÓSTILLA.